

## **Meditación 6. Obstáculos: el misterio del pecado**

**Mysterium iniquitatis:** Para entender el ateísmo hay que entrar en el capítulo 3 del Génesis y ver el pecado, la primera negación que llevó a la promesa de la venida de Cristo, Hijo de Dios, 'nacido del Padre antes de todos los siglos... engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre', el cual y he aquí el paso al misterio de la encarnación del Verbo 'por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre'. Entra en la historia de la humanidad en el contexto de todo el cosmos creado. Se hace hombre 'por nosotros los hombres (propter nos homines) y por nuestra salvación (et propter nostram salutem)'. El misterio de la Encarnación (et incarnatus est) es visto por los Símbolos en función de la redención. Según la revelación y la fe de la Iglesia, ello tiene por tanto un sentido salvífico (sotereología). Sigo ahora la catequesis de Juan Pablo II: "salvación significa sobre todo liberación del mal, y, en particular, liberación del pecado, aunque si obviamente el alcance del termino no se reduce a eso, sino que abraza la riqueza de la vida divina que Cristo ha traído al hombre. Según la Revelación, el pecado es el mal principal y fundamental porque en él está contenido el rechazo de la voluntad de Dios, de la verdad y de la Santidad de Dios, de su paterna bondad, como se ha revelado ya en la obra de la creación y sobre todo en la creación de los seres racionales y libres, hechos 'a imagen y semejanza' del Creador. Precisamente esta 'imagen y semejanza' es usada contra Dios, cuando el ser racional con la propia libre voluntad rechaza la finalidad del ser y del vivir que Dios ha establecido para la criatura. En el pecado está, por tanto, contenida una deformación particularmente profunda del bien creado, especialmente en un ser, que, como el hombre, es imagen y semejanza de Dios. / El misterio de la redención está en su misma raíz, unido de hecho con la realidad del pecado del hombre... esa realidad oscura difundida en el mundo creado por Dios, la cual constituye la raíz de todo el mal que hay en el hombre y, se puede decir, en la creación... también la verdad sobre el pecado forma parte del núcleo central de la fe cristiana. Sí, pecado y redención son términos correlativos en la historia de la salvación". En la visión de conjunto que Dios tiene, "la verdad sobre la Divina Providencia nos permite ver también el pecado en una justa perspectiva...: 'Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia': 'Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia' (Rom 5, 20), porque nos hará descubrir mejor la misteriosa conciliación, en Dios, de la justicia y de la misericordia, que son las dos dimensiones de esa su bondad. Podemos, por tanto, decir desde ahora que la realidad del pecado se convierte, a la luz de la redención, en ocasión para un conocimiento más profundo del misterio de Dios: de Dios que es amor. / La fe nos pone así en atento diálogo con tantas voces de la filosofía, de la literatura, de las grandes religiones, que tratan no poco de las raíces del mal y del pecado, y con frecuencia ansían una luz de redención. Y precisamente a este terreno común la fe cristiana trata de llevar a todos la verdad y la gracia de la divina Redención".

**1. -El estado de justicia original y la caída del hombre:** mientras que el credo no habla mucho de pecado, "en la Sagrada Escritura, por el contrario, el término y el concepto de 'pecado' se sitúa entre aquellos que se repiten con mayor frecuencia. Lo cual demuestra que la Sagrada Escritura es ciertamente el libro de Dios y sobre Dios, pero también es un gran libro sobre el hombre, considerado en su condición existencial, cual resulta de la experiencia. / De hecho, el pecado forma parte del hombre y de su existencia: no se puede ignorar o dar a esta realidad oscura otros nombres, otras interpretaciones, como ha ocurrido en las corrientes del iluminismo o del secularismo. Si se admite el pecado, se reconoce al mismo tiempo una profunda relación del hombre con Dios, pues al margen de esta relación hombre-Dios el mal del pecado no se presenta en su verdadera dimensión, aun cuando siga estando presente obviamente en la vida del hombre y en la historia. El pecado pesa con tanta mayor fuerza sobre el hombre como realidad oscura y nefasta cuando menos se le conozca y reconozca, cuando menos se le identifique en su esencia de rechazo y oposición frente a Dios. Sujeto y artífice de esta opción es naturalmente el hombre, que puede

rechazar el dictamen de la propia conciencia, aun sin referirse directamente a Dios; pero este gesto insano y nefasto adquiere su significación negativa sólo cuando se contempla sobre el trasfondo de la relación del hombre con Dios. / Por esta razón, en la Sagrada Escritura se describe el primer pecado en el contexto del misterio de la creación...” no se refiere tanto a un principio cronológico, con un hombre poco desarrollado, sino a una cuestión de la antropología cristiana: “No hace falta decir que aquí no hablamos de los comienzos de la historia en cuanto tal y como los describe hipotéticamente la ciencia, sino del 'principio' tal como se presenta en las páginas de la Escritura. Esta descubre en ese 'principio' el origen del mal moral, que la humanidad experimenta incesantemente, y lo identifica como 'pecado'.

El libro del Génesis, en el primer relato de la obra de la creación (Gen 1, 1-28), que es cronológicamente posterior al relato del Gen 2, 4-15, relata la 'bondad' originaria de todo lo creado y de modo especial la 'bondad' del hombre, creado por Dios 'varón y mujer' (Gen 1, 27). Al describir la creación se inserta varias veces la siguiente constatación: 'Vio Dios ser bueno', y, por último, tras la creación del hombre: 'Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho' (Gen 1, 31). Puesto que se trata del ser creado a imagen de Dios, es decir, racional y libre, la frase alude a la 'bondad' propia de ese ser según el designio del Creador. / En esto se basa la verdad de fe, enseñada por la Iglesia, sobre la inocencia originaria del hombre, sobre su justicia original (*iustitia originalis*), como se deduce de la descripción que el Génesis hace del hombre salido de las manos de Dios y que vive en total familiaridad con El (Cfr. Gen 2, 8-25); también el libro del Eclesiastés dice que 'Dios hizo recto al hombre' (Qo 7, 29)... Con expresión sintética, todo esto se puede expresar diciendo que, al principio, el hombre vivía en amistad con Dios”, en armonía: “Y con este autodomínio y equilibrio se poseía la 'integridad' de la existencia (*integritas*) en el sentido de que el hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser, ya que se hallaba libre de la triple concupiscencia que lo doblega ante los placeres de los sentidos, a la concupiscencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí mismo contra los dictámenes de la razón. / Por ello también había orden en la relación con el otro, en aquella comunión e intimidad que hace felices: como en la relación inicial entre el hombre y la mujer, Adán y Eva, primera pareja y también primer núcleo de la sociedad humana. Desde este punto de vista resulta muy elocuente aquella breve frase del Génesis: 'Estaban ambos desnudos, el hombre y la mujer, sin avergonzarse de ello' (Gen 2, 25)”.

Luego viene la prueba: “El Señor Dios dio este mandato al hombre: De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gen 2, 16-17). “Se trata de un acontecimiento primordial, es decir, de un hecho, que, de acuerdo con la Revelación, aconteció en los comienzos de la historia del hombre... decisivo de aquel acontecimiento para las relaciones entre el hombre y Dios y, en consecuencia, para la 'situación' interior del mismo hombre, para las recíprocas relaciones entre los hombres y, en general, para la relación del hombre con el mundo... El tentador pertenece al mundo de los 'seres invisibles', puramente espirituales, si bien, durante este coloquio, la Biblia lo presenta bajo forma visible. Esta primera aparición del espíritu maligno en una página bíblica, es preciso considerarla en el contexto de cuanto encontramos sobre este tema en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento”, y el libro del Apocalipsis habla de “el dragón grande, la antigua serpiente” (una alusión explícita a Gen. 3), llamada Diablo y Satanás, que “extravía a toda la redondez de la tierra” (Ap 12, 9): es el “padre de la mentira” (Jn 8, 44), “por ello dice: 'El día que de él comiereis... seréis como Dios, conocedores del bien y del mal'. El árbol significa, por consiguiente, el límite infranqueable para el hombre y para cualquier criatura, incluso para la más perfecta. La criatura es siempre, en efecto, sólo una criatura, y no Dios. No puede pretender de ningún modo ser 'como Dios', 'conocedora del bien y del mal' como Dios. Sólo Dios es la fuente de todo ser, sólo Dios es la Verdad y la Bondad absolutas, en quien se miden y en quien se distingue el bien del mal. Sólo Dios es el Legislador eterno, de quien deriva cualquier ley en el mundo creado, y en particular la ley de la naturaleza humana (*lex naturae*). El hombre, en cuanto criatura racional, conoce esta ley

y debe dejarse guiar por ella en la propia conducta. No puede pretender establecer él mismo la ley moral, decidir por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, independientemente del Creador, más aún, contra el Creador. No puede, ni el hombre ni ninguna otra criatura, ponerse en el lugar de Dios, atribuyéndose el dominio del orden moral, contra la constitución ontológica misma de la creación, que se refleja en la esfera sicológico-ética con los imperativos fundamentales de la conciencia y, en consecuencia, de la conducta humana. / En el relato del Génesis, bajo la apariencia de una trama irrelevante, a primera vista, se encuentra, pues, el problema fundamental del hombre, ligado a su misma condición de criatura: el hombre como ser racional debe dejarse guiar por la 'Verdad primera', que es, por lo demás, la verdad de su misma existencia. El hombre no puede pretender constituirse él mismo en el lugar que corresponde a esta verdad o ponerse a su mismo nivel. Cuando se pone en duda este principio, se conmueve, en la raíz misma del actuar humano, el fundamento de la 'justicia' de la criatura en relación con el Creador. Y de hecho el tentador, 'padre de la mentira', insinuando la duda sobre la verdad de la relación con Dios, cuestiona el estado de justicia original. Por su parte el hombre, cediendo al tentador, comete un pecado personal y determina en la naturaleza humana el estado de pecado original.

Tal como aparece en el relato bíblico, el pecado humano no tiene su origen primero en el corazón (en la conciencia) del hombre, no brota de una iniciativa espontánea del hombre. Es, en cierto sentido, el reflejo y la consecuencia del pecado ocurrido ya anteriormente en el mundo de los seres invisibles... En ellos había surgido la 'duda' que, como dice el tercer capítulo del Génesis, inyecta el tentador en los primeros padres. Ya antes, aquellos seres habían sospechado y habían acusado a Dios, que, en cuanto Creador es la sola fuente de la donación del bien a todas las criaturas y, especialmente, a las criaturas espirituales. Habían contestado la verdad de la existencia, que exige la subordinación total de la criatura al Creador. Esta verdad había sido suplantada por una sospecha originaria, que los había conducido a hacer de su propio espíritu el principio y la regla de la libertad. Ellos habían sido los primeros en pretender poder 'ser conocedores del bien y del mal como Dios', y se habían elegido a sí mismos en contra de Dios, en lugar de elegirse a sí mismo 'en Dios', según las exigencias de su ser de criaturas: porque, '¿Quién como Dios?'. Y el hombre, al ceder a la sugerencia del tentador, se hizo secuaz y cómplice de los espíritus rebeldes... / La criatura que quiere ser 'como Dios' concreta su actitud expresada perfectamente por San Agustín: 'Amor de sí mismo hasta llegar a despreciar a Dios' (Cfr. De Civitate Dei). Esta es tal vez la precisión más penetrante que se puede hacer del concepto de aquel pecado que aconteció en los comienzos de la historia cuando el hombre cedió a la sugerencia del tentador: 'Contemptus Dei', rechazar a Dios, despreciar a Dios, odiar todo aquello que tiene que ver con Dios o procede de Dios. / Por desgracia, no se trata de un hecho aislado en los albores de la historia. ¡Cuántas veces nos encontramos ante hechos, gestos, palabras, condiciones de vida en las que se refleja la herencia de aquel primer pecado!

¿Cómo se presenta, en este contexto, el pecado del hombre? El relato de Gen 3 continúa: 'Vio, pues, la mujer que el fruto era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él la sabiduría, y tomó del fruto y comió, y dio también de él a su marido, que también con ella comió' (Gen 3, 6)... Según San Pablo, el primer pecado del hombre consistió sobre todo en desobedecer a Dios (Cfr. Rom 5, 19)... Se puede afirmar que el pecado 'de los comienzos' descrito en Gen 3 contiene en cierto sentido el 'modelo' originario de cualquier pecado que pueda realizar el hombre... / 'Constituido por Dios en estado de santidad, el hombre, tentado por el maligno, abusó de su libertad desde los comienzos de la historia, erigiéndose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin al margen de Dios' (Gaudium et spes 13)". Este pecado se llama original, pero así llamado "no aparece ninguna vez en la Sagrada Escritura", pero sí hay "en los siguientes capítulos del Génesis y en otros libros una auténtica 'invasión' del pecado, que inhunda el mundo, como consecuencia del pecado de Adán, contagiando con una especie de infección universal a la humanidad entera.

Ya en Gen 4 leemos lo que ocurrió entre los dos primeros hijos de Adán y Eva: el fratricidio realizado por Caín en Abel, su hermano menor (Cfr. Gen 4, 3-15). Y en el capítulo 6 se habla ya de la corrupción universal a causa del pecado: 'Vio Yahvéh cuanto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y que su corazón no tramaba sino aviesos designios todo el día'(Gen 2, 5). Y más adelante: 'Vio, pues, Dios, que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra' (Gen 6, 12). El libro del Génesis no duda en afirmar en este contexto: 'Yahvéh se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, doliéndose grandemente en su corazón' (Gen 6, 6). / También según este mismo libro, la consecuencia de aquella corrupción universal a causa del pecado fue el diluvio en tiempos de Noé (Gen 7-9). En el Génesis se alude también a la construcción de la torre de Babel (Gen 11, 1-9), que se convirtió contra las intenciones de los constructores en ocasión de la dispersión para los hombres y la confusión de las lenguas. Lo cual significa que ningún signo externo y, de forma análoga, ninguna convención puramente terrena es capaz de realizar la unión entre los hombres si falta el enraizamiento en Dios. En este sentido debemos observar que, en el transcurso de la historia, el pecado se manifiesta no sólo como una acción que se dirige claramente 'contra' Dios; a veces es incluso un actuar 'sin Dios', como si Dios no existiese: es pretender ignorarlo, prescindir de El, para exaltar en su lugar el poder del hombre, que se considera así ilimitado. En este sentido la 'torre de Babel' puede constituir una admonición también para los hombres de hoy. Por esta misma razón la recordé en la Ex. Apost. Reconciliatio et pœnitentia (13-15)", y esta pecaminosidad "vuelve a aparecer" como cuenta S. Pablo (cf. Rom 1, 28-31,25-27,32) y la Cons. Gaudium et spes: "...cuanto atenta contra la vida homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado; cuanto viola la integridad de la persona humana, como p.e., las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos por dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al obrero al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador" (Gaudium et spes 27). "Lo que la Revelación nos dice coincide con la experiencia: el hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchas miserias, que no pueden tener su origen en su Santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, el hombre rompe la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto en lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto del mundo" (Gaudium et spes 13; cf. Job 4,17; 14,4; 15,14; Prov 20,9; Sal 142,2; 57,4; 50,7, textos que plantean el difícil problema del origen de la condición universal de pecado). "Desde el contexto bíblico, se puede entender las palabras de Jesús sobre la 'dureza de corazón' (Cfr. Mt 19,8). San Pablo concibe esta 'dureza de corazón' principalmente como debilidad moral, es más, como una especie de incapacidad para hacer el bien. Estas son sus palabras: '...pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado. Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago' (Rom 7, 14-15). 'Porque el querer el bien está en mí, pero hacerlo no...' (Rom 7, 18). 'Queriendo hacer el bien, es el mal el que se me pega' (Rom 7, 21). Palabras que, como se ha señalado muchas veces, presentan una interesante analogía con aquellas del poeta pagano: 'Video meliora proboque, deteriora sequor' (Cfr. Ovidio, Metamorph. 7, 20). / En ambos textos (pero también en otros de espiritualidad y de la literatura universal) se reconoce el surgir de uno de los aspectos más desconcertantes de la experiencia humana, en torno al cual sólo la revelación del pecado original ofrece algo de luz". Y "enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo" (Gaudium et spes 37). El demonio presenta a la mujer a Dios como un celoso contrincante, adversario al que hay que oponerse, e incita: "el día que de él comáis... seréis como Dios,

concedores del bien y del mal” (Gen 3, 5), es la anti-Palabra, contra el Dios de la Alianza, habla de la “divinidad del hombre”, ese deseo que Dios ha puesto en nuestro corazón. Pero hay un endiosamiento bueno (por la obediencia, la filiación divina) y otro malo (por la autonomía total, la soberbia): “abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios” (Gaudium et spes 13), y la autonomía de las cosas creadas no es total pues “la criatura sin el Creador desaparece... por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida” (n.36). La mentalidad secular es buena siempre que la secularización no sea secularismo, ideología, como todos los “ismos”. Lo mismo se distinguen laicidad y laicismo... quieren quitar del mundo a Dios, pero es que el mundo sin Dios no vale nada, pierde valor y dignidad el hombre y toda la creación: sin límites del bien y mal objetivos, la carrera de armamentos, la destrucción de la vida... no tiene límites; las alienaciones que Marx y seguidores denuncian en realidad ahora se intensifican cuando se sigue a la mayor inteligencia creada –“Lucero brillante, hijo e la aurora”: cf. Is 14,12- que proclamó el “non serviam!” (cf. Jer 2,20) y entonces la mirada humana tiende al mundo. No es el drama de Prometeo... “abriéronse los ojos” de ambos “y vieron que estaban desnudos” (Gen 3, 7). Sin Dios está el hombre desnudo, cuando sigue lo que dice Feuerbach: “en lugar del amor de Dios debemos reconocer el amor del hombre como única religión auténtica; en lugar de la fe en Dios, dilatar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que el destino de la humanidad no depende de un ser que se encuentra sobre ella, sino que depende de sí misma; que el único demonio del hombre es el propio hombre: el hombre primitivo, supersticioso, egoísta, maligno; y al mismo tiempo que el único dios del hombre es el hombre mismo”; ya fue anunciado por S. Pablo: “que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifiestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición...” (2 Tes 2,3). Aparece con el pecado la “vergüenza de la propia transgresión y de la condición consecuente de pecadores y, por tanto, miedo a Dios. Revelación y análisis psicológico se asocian en esta página bíblica para expresar el 'estado' del hombre tras la caída... Como consecuencia del pecado, Satanás logró extender su 'dominio' sobre el hombre. El Decreto tridentino habla de 'esclavitud bajo el dominio de aquel que tiene el poder de la muerte'. Así, pues, la situación bajo el dominio de Satanás se describe como 'esclavitud’”, y aunque la cultura moderna rechace la herencia pecaminosa “no logra explicarse los subterfugios misteriosos y angustiosos del mal, que experimenta diariamente, y acaba oscilando entre un optimismo expeditivo e irresponsable y un radical y desesperado pesimismo”.

“Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado” (Rom 5, 12). “Por la desobediencia de un solo hombre, muchos se constituyeron en pecadores” (Rom 5, 19); “por la transgresión de un solo llegó la condenación a todos” (5, 18), y por eso sigue el Decreto diciendo de los niños: “Se bautizan verdaderamente para la remisión de los pecados, a fin de que se purifiquen en la regeneración del pecado contraído por generación”. “El pecado original en ningún descendiente de Adán tiene el carácter de culpa personal... Es un 'pecado de la naturaleza', referible sólo analógicamente al 'pecado de la persona'. En el estado de justicia original, antes del pecado, la gracia santificante era como la 'dote' sobrenatural de la naturaleza humana. En la 'lógica' interior del pecado, que es rechazo de la voluntad de Dios, dador de este don, está incluida la pérdida de él... Precisamente este 'estado inicial' del hombre, vinculado a su origen, constituye la esencia del pecado original como una herencia”. “Se transmite con la naturaleza humana ‘no por imitación, sino por propagación’ y que por tanto ‘es propio de cada uno’”, dirá Pablo VI, que añade: “Creemos que nuestro Señor Jesucristo, por el sacrificio de la cruz nos rescató del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que según afirma el Apóstol, 'donde había abundado el pecado, sobreabundó la gracia’”. Siempre hay una relación con la redención prometida: “Pues si por la transgresión de uno mueren muchos, cuánto más la gracia de Dios y el don gratuito (conferido) por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, ha abundado en beneficio de muchos” (Rom 5,15). “Pues como, por la desobediencia de un solo hombre, muchos se

constituyeron en pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos se constituirán en justos” (Rom 5,19). “Por consiguiente, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de un solo llega a todos la justificación de la vida” (Rom 5,8).

La “naturaleza humana caída” se ven en lo que el Señor dice a la mujer: “Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido que te dominará” (Gen 3,16). “Al hombre (Dios) le dijo: Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol que te prohibí comer, diciéndote no comas de él: Por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te daré espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres, y al polvo volverás” (Gen 3,17-19). “San Pablo hablará de 'sumisión de la creación a la caducidad' a causa del pecado del hombre por el cual también 'la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto' hasta que sea 'liberada de la servidumbre de la corrupción' (Cfr. Rom 8,19-22). Este desequilibrio de lo creado tiene su influjo en el destino del hombre en el mundo visible. El trabajo, por el que el hombre conquista para sí los medios de sustento, hay que hacerlo 'con el sudor del rostro', así pues va unido a la fatiga. Toda la existencia del hombre está caracterizada por la fatiga y el sufrimiento, y esto comienza ya con el nacimiento, acompañado ya por los dolores de la parturienta y, aunque inconscientes, por los del niño que a su vez gime y llora. / Y finalmente, toda la existencia del hombre en la tierra está sujeta al miedo de la muerte, que según la Revelación está unida al pecado original... El hombre ha sido creado por Dios para la inmortalidad; la muerte que aparece como un trágico salto en el vacío, constituye la consecuencia del pecado, casi por una lógica suya inmanente, pero sobre todo por castigo de Dios. Esta es la enseñanza de la Revelación y esta es la fe de la Iglesia: sin el pecado, el final de la prueba terrena no habría sido tan dramático... Su vida en la tierra ha sido sometida a muchos sufrimientos y a la necesidad de morir... Como consecuencia del pecado original todo el hombre, alma y cuerpo, ha quedado turbado... En cuanto a las facultades espirituales del hombre, este deterioro consiste en la ofuscación de la capacidad del intelecto para conocer la verdad y en el debilitamiento del libre albedrío, que se ha debilitado ante los atractivos de los bienes sensibles y sobre todo se ha expuesto a las falsas imágenes de los bienes elaboradas por la razón bajo el influjo de las pasiones... La concupiscencia, como consecuencia del pecado original, es fuente de inclinación a los distintos pecados personales cometidos por los hombres con el mal uso de sus facultades”.

“Fuera de la Revelación, no somos capaces de percibir plenamente ni expresar adecuadamente la esencia misma del pecado (o sea, del mal moral como pecado). Sólo teniendo como fondo la relación instaurada con Dios mediante la fe resulta comprensible la realidad total del pecado. A la luz de esta relación podemos, pues, desarrollar y profundizar esta comprensión”. La “inclinación al pecado' (fomes peccati), consecuencia del pecado original, es en el hombre la base y la fuente de los pecados personales”, y también “ese 'primer pecado' de los primeros padres queda en cierta medida como el 'modelo' de todo pecado cometido por el hombre personalmente. El 'primer pecado' era en sí mismo también un pecado personal: por ello los distintos elementos de su 'estructura' se hallan de algún modo en cualquier otro pecado del hombre. / El Concilio Vaticano II nos recuerda: 'Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio... abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios' (Gaudium et spes 13)... en todo pecado entendido como acto personal del hombre, está contenido un particular 'abuso de la libertad', es decir, un mal uso de la libertad, de la libre voluntad. El hombre, como ser creado, abusa de la libertad de su voluntad cuando la utiliza contra la voluntad del propio Creador, cuando en su conducta 'se levanta contra Dios', cuando trata de 'alcanzar su propio fin al margen de Dios'... Los pecados personales... están condicionados por el estado de inclinación hereditaria al mal ('fomes peccati'), en cierto sentido ya desde el punto de arranque. Sin embargo, dicha situación de debilidad hereditaria no suprime la libertad del hombre... De aquí proviene asimismo la diferencia entre el pecado 'grave' y el pecado 'venial”.

Se rompe la alianza con la desobediencia, “esa Alianza original que, como leemos en el Génesis (2-3), fue violada 'al principio'. Pero esto aparece todavía más claro en la relación del Señor Dios para con Israel en tiempos de Moisés. La Alianza establecida con el pueblo elegido al pie del Monte Sinaí (Cfr. Ex 24, 3-8), tiene en sí como parte constitutiva los mandamientos: el Decálogo (Cfr. Ex 20; Dt 5). Constituyen los principios fundamentales e inalienables de comportamiento de todo hombre respecto de Dios y respecto de las criaturas, la primera de ellas el hombre”, no es una religión del libro o fundamentalista, pues esos mandamientos “en realidad están 'inscritos en el corazón' de todo hombre, incluso independientemente de la revelación hecha a Israel. En efecto, escribe el Apóstol: 'Cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin Ley, cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran, que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan' (Rom 2, 14-15)”, es la “Lex naturae” (Cfr. S.Th. I-II, q.91, a.2; q.94, aa.5-6). El pecado es pues desobediencia “tanto en la primera Alianza con Adán, como en la Alianza del Sinaí, a través de Moisés y, por último, en la definitiva, revelada en Cristo y establecida en la sangre de su redención (Cfr. Mc 14, 24; Mt 26, 28; 1 Cor 11, 25; Lc 22, 20): ...hacia Dios como Legislador, que es al mismo tiempo Padre que ama. Este mensaje expresado ya profundamente en el Antiguo Testamento (Cfr. Os 11, 1-7), hallará su enunciación más plena en la parábola del hijo pródigo (Cfr. Lc 15, 18-19, 21).

Cuando Jesucristo, la vigilia de su pasión, habla del 'pecado' sobre el que el Espíritu Santo debe 'amonestar al mundo', explica la esencia de este pecado con las palabras: 'porque no creyeron en mí' (Jn 16, 9). Ese 'no creer' a Dios es en cierto sentido la primera y fundamental forma de pecado que el hombre comete contra el Dios de la Alianza... se había manifestado ya en el pecado original... también la ley dada en la Alianza del Sinaí: 'Yo soy Yahvéh, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otro Dios que a mí' (Ex 20, 2-3). A ella se refieren asimismo las palabras de Jesús... Esta incredulidad, esta falta de confianza en Dios que se ha revelado como Creador, Padre y Salvador, indican que el hombre, al pecar, no sólo infringe el mandamiento (la ley), sino que realmente 'se levanta contra' Dios mismo, 'pretendiendo alcanzar su fin al margen de Dios' (Gaudium et spes 13)... ser como Dios; y para conocer, como Dios, 'el bien y el mal'... que San Agustín ha encerrado en las palabras: 'Amor sui usque ad contemptum Dei': El amor de sí hasta el desprecio de Dios (De Civitate Dei, XIV, 28).

**2. Pecado personal y su dimensión social:** el Concilio Vaticano II cuando escribe, entre otras cosas: 'Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal... Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente' (Gaudium et spes 13). En este contexto de tensiones y de conflictos unidos a la condición de la naturaleza humana caída, se sitúa cualquier reflexión sobre el pecado personal”, que en el Antiguo Testamento “a veces es llamado simplemente 'el mal' ('ra' ra') : el que comete pecado hace 'lo que es malo a los ojos del Señor' (Dt 31, 29). Por eso el pecador, considerado también como 'impío' (rasa rasa'), es el que 'olvida a Dios' (Cfr. Sal 9, 18), el que 'no quiere conocer a Dios' (Cfr. Job 21, 14), en el que 'no hay temor de Dios' (Sal 35, 2), el que 'no confía en el Señor' (Sal 31, 10), más aún, el que 'desprecia a Dios' (Sal 9, 34), creyendo que 'el Señor no ve' (Sal 93, 7) y 'no nos pedirá cuentas' (Sal 9, 34). Y además el pecador (el impío) es el que no tiene miedo de oprimir a los justos (Sal 11, 9), ni de 'hacer la injusticia a las viudas y a los huérfanos' (Cfr. Sal 81, 4; 93, 6), ni tampoco de 'cambiar el bien con el mal' (Sal 108, 2-5). Lo contrario del pecador es, en la Sagrada Escritura, el hombre justo (sadiq sadiq). El pecado, pues, es, en el sentido más amplio de la palabra, la injusticia / ...agravio hecho a otro, a aquel cuyos derechos han sido violados con la acción que constituye precisamente el pecado, ...'rebelión' contra los superiores (Is 1, 2; cfr. también, p.e., Is 48, 8-9; Ez 2, 3), / ... 'desviarse del camino justo' o también 'torcedura' o 'deformación': ¡Estar verdaderamente fuera de la justicia! La

conciencia de este estado de injusticia aflora en esa doliente confesión de Caín: '¡Es demasiado grande mi culpa para obtener perdón! (Gen 4, 13); y en esa otra del Salmista: 'Mis iniquidades pesan sobre mi cabeza, pesan sobre mí como pesada carga' (Sal 37, 5). La culpa injusticia comporta ruptura con Dios, ...'falta contra uno'. De ahí, la otra actitud de conciencia del Salmista: '¡Contra Ti sólo pequé!' (Sal 50, 6)... / es ofensa a Dios, ingratitud por sus beneficios, además de desprecio a su santísima Persona. '¿Por qué pues has despreciado la Palabra del Señor haciendo lo que es malo a sus ojos?', pregunta el Profeta Natán a David después de su pecado (2 Sm 12, 9). El pecado es también una mancha y una impureza. Por eso Ezequiel habla de 'contaminación' con el pecado (Cfr. Ez 14, 11), especialmente con el pecado de idolatría que muchas veces es parangonado por los Profetas al 'adulterio' (Cfr. Os 2, 4. 6-7). Por eso también el Salmista pide: 'Rocíame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve' (Sal 50, 9). / En este mismo contexto se pueden entender mejor las palabras de Jesús en el Evangelio: 'Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre... Del corazón del hombre salen los malos propósitos; las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas estas maldades... hacen al hombre impuro' (Mc 7, 20-23. Cfr. Mt 15, 18-20). Hemos de observar que en el léxico del Nuevo Testamento no se le dan al pecado tantos nombres que se correspondan con los del Antiguo: sobre todo se le llama con la palabra griega 'anomia' (=iniquidad, injusticia, oposición al reino de Dios: cfr., p.e., Mc 7,23; Mt 13, 41; 24, 12; 1 Jn 3, 4). Además con la palabra 'amartia' (= error, falta); o también 'ofeilhma' (= deuda p.e., 'perdónanos nuestras deudas...'; = pecados, cfr. , p.e., Mt 6, 12; Lc 11, 4)...

Las palabras de Jesús que describen el pecado como algo que proviene 'del corazón' del hombre, de su interior. Ellas ponen de relieve el carácter esencial del pecado. Al nacer del interior del hombre, en su voluntad, el pecado, por su misma esencia, es siempre un acto de la persona (actus personae). Un acto consciente y libre, en el que se expresa la libre voluntad del hombre. Solamente basándose en este principio de libertad, y por consiguiente en el hecho de la deliberación, se puede establecer su valor moral. Sólo por esta razón podemos juzgarlo como mal en el sentido moral, así como juzgamos y aprobamos como bien un acto conforme a la norma objetiva de la moral, y en definitiva a la voluntad de Dios. Solamente lo que nace de la libre voluntad implica responsabilidad personal: y sólo en este sentido, un acto consciente y libre del hombre que se oponga a la norma moral (a la voluntad de Dios), a la ley, al mandamiento y en definitiva a la conciencia, constituye una culpa”.

La expresión “el pecado del mundo” es ambivalente (Jn 1, 29); (en la fórmula litúrgica dice: 'los pecados del mundo'). “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo... Porque lo que hay en el mundo las pasiones del hombre terreno, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo” (1 Jn 2, 15-16). Y ahí está también el poder del demonio: “Sabemos que somos de Dios, y que el mundo entero yace en poder del maligno” (1 Jn 5, 19): “no se trata del 'mundo' como creación de Dios, sino como una dimensión específica, casi un espacio espiritual cerrado a Dios en el que, sobre la base de la libertad creada, ha nacido el mal” (cf. Gen 3 y Ap 12,9), y además de satanás, “los muchos pecados personales cometidos por los hombres forman casi un 'ambiente de pecado', que por su parte crea las condiciones para nuevos pecados personales, y de algún modo induce y arrastra a ello a cada uno de los hombres... De ello resulta que llevan sobre sí una cierta impronta de pecado también las distintas iniciativas, tendencias, realizaciones e instituciones, incluso en aquellos 'conjuntos' que constituyen las culturas y las civilizaciones, y que condicionan la vida y el comportamiento de cada uno de los hombres. En este sentido se puede quizá hablar de pecado de las estructuras, por una especie de 'infección' que desde los corazones de los hombres se propaga a los ambientes en los que viven y a las estructuras por las que está regida y condicionada su existencia”. Es su dimensión social: “hablar de pecado social quiere decir, ante todo, reconocer que, en virtud de una solidaridad humana tan misteriosa e imperceptible como real y concreta, el pecado de cada uno repercute en cierta manera en los



demás”; “toda alma que se eleva, eleva al mundo”, y también “se puede hablar de una comunión del pecado, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero” (Reconciliatio et pœnitentia, 16). Los pecados sociales: “No existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño, en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana. Según esta primera acepción, se puede atribuir indiscutiblemente a cada pecado el carácter de pecado social.

**3. -El pecado, la verdadera alienación:** “ese árbol de la ciencia y la prohibición de comer sus frutos tenían el fin de recordar al hombre que no es 'como Dios': ¡es sólo una criatura!... particularmente perfecta porque esta hecha a 'imagen y semejanza de Dios'... Esta era la verdad fundamental del ser humano...: 'No quieras ser lo que no eres!. No quieras ser 'como Dios'. Obra según lo que eres, tanto más cuanto que ésta es ya una medida muy alta: la medida de la 'imagen y semejanza de Dios'. Esta te distingue entre las criaturas del mundo visible, te coloca sobre ellas. Pero al mismo tiempo la medida de la imagen y semejanza de Dios te obliga a obrar en conformidad con lo que eres. Sé pues fiel a la Alianza que Dios-Creador ha hecho contigo, criatura, desde el principio”, pero el hombre pecador rechaza esto, “muchas veces intentando afirmarse a sí mismo e incluso crearse una ética sin Dios: es decir, el criterio según el cual Dios es 'alienante' para el hombre, de modo que si éste quiere ser él mismo, ha de acabar con Dios (cfr., p.e., Feuerbach, Marx, Nietzsche). / La palabra 'alienación' presenta diversos matices de significado. En todos los casos indica la 'usurpación' de algo que es propiedad de otro. ¡El tentador de Gen 3 dice por primera vez que el Creador ha 'usurpado' lo que pertenece al hombre-criatura! Atributo del hombre sería pues el 'ser como Dios' lo cual tendría que significar la exclusión de toda dependencia de Dios. De este presupuesto metafísico deriva lógicamente el rechazo de toda religión como incompatible con lo que el hombre es. De hecho, las filosofías ateas (o anti-teístas) sostienen que la religión es una forma fundamental de alienación mediante la cual el hombre se priva o se deja expropiar de lo que le pertenece exclusivamente a su ser humano. Incluso al crearse una idea de Dios, el hombre se aliena a sí mismo, porque renuncia en favor de ese Ser Supremo y feliz imaginado por él, a lo que es originaria y principalmente propiedad suya. La religión a su vez acentúa, conserva y alimenta este estado de autodesposesión en favor de un Dios de creación 'idealista' y por eso es uno de los principales co-eficientes de la 'expropiación' del hombre de su dignidad, de sus derechos. / Sobre esta falsa teoría, tan contraria a los datos de la historia y a los datos de la psicología religiosa, quisiera hacer notar aquí que presenta varias analogías con la narración bíblica de la tentación y de la caída. Es significativo que el tentador ('la antigua serpiente') de Gen 3, no ponga en duda la existencia de Dios, y ni siquiera niegue directamente la realidad de la creación; es verdad que en ese momento histórico eran para el hombre hasta demasiado obvias. Pero, a pesar de ello, el tentador en la propia experiencia de criatura rebelde por decisión libre intenta meter en la conciencia del hombre ya 'al principio', casi en 'germen', lo que constituye el núcleo de la ideología de la 'alienación'. Y con ello opera una radical inversión de la verdad sobre la creación en su esencia más profunda. En lugar del Dios que dona generosamente al mundo la existencia el Dios Creador, en las palabras del tentador, en Gen 3, se presenta a un Dios 'usurpador' y 'enemigo' de la creación, y especialmente del hombre... De este modo la verdad es excluida por la no-verdad; es cambiada en mentira, porque queda manipulada por el 'padre de la mentira', tal como el Evangelio llama al que ha obrado esta falsificación al 'principio' de la historia humana: 'El es homicida desde el principio... porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de los suyos propios, porque él es mentiroso y padre de la mentira' (Jn 8, 44)... / La mentira primordial tiene su fuente en el odio, que lleva al desprecio de Dios: contemptus Dei... Esto se constata en las distintas épocas de la historia. Lo atestiguan en nuestros tiempos los varios modos de negación de Dios, desde el agnosticismo al ateísmo e incluso antiteísmo.

Pero si se quiere mirar la realidad sin prejuicios y llamar a las cosas por su nombre, hemos de decir francamente que a la luz de la Revelación y la fe, hay que dar la vuelta a la teoría de la alienación. ¡Lo que lleva a la alienación del hombre es precisamente el pecado, es únicamente el pecado! Es precisamente el pecado el que desde el 'principio' hace que el hombre esté en cierto modo 'desheredado' de su propia humanidad. El pecado 'quita' al hombre, de diversos modos, lo que decide su verdadera dignidad: la de imagen y semejanza de Dios. ¡Cada pecado en cierto modo 'reduce' esta dignidad! Cuanto más 'esclavo del pecado se hace el hombre' (Jn 8, 34), tanto menos goza de la libertad de los hijos de Dios. Deja de ser dueño de sí, tal como exigiría la estructura misma de su ser persona, es decir, de criatura racional, libre, responsable. / La Sagrada Escritura subraya con eficacia este concepto de alienación, mostrando una triple dimensión: la alienación del pecador de sí mismo (Cfr. Sal 57, 4: 'alienati sunt peccatores ab utero'), de Dios (Cfr. Ez 14, 7: '[qui] alienatus fuerit a me'; Ef 4, 18: 'alienati a vita Dei'), de la comunidad (Cfr. Ef 2, 12: 'alienati a conversatione Israel'). / El pecado es por lo tanto no sólo 'contra' Dios, sino también contra el hombre. Tal como enseña el Conc. Vaticano II: 'El pecado merma al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud' (Gaudium et spes, 13)... ¿no ofrecen quizá elocuente confirmación de ello tantas obras de la literatura, del cine, del teatro? En ellas el hombre aparece debilitado, confundido, privado de un centro interior, enfurecido contra sí y contra los otros, dominado por no-valores, esperando a alguien que nunca llega, casi con la experiencia del hecho de que, una vez perdido el contacto con el Absoluto, acaba perdiéndose a sí mismo. / Por eso es suficiente referirse a la experiencia, tanto a la interior como a la histórico-social en sus distintas formas, para convencerse de que el pecado es una enorme 'fuerza destructora': destruye con virulencia engañosa e inexorable el bien de la convivencia entre los hombres y las sociedades humanas. Precisamente por eso se puede hablar justamente del 'pecado social' (Cfr. Recontiliatio et pœnitentia, 16)". Que daña la persona se explica también así: "del mismo modo que en cada acto moralmente bueno el hombre como tal se hace mejor, así también en cada acto moralmente malo el hombre como tal se hace peor (Cfr. S.Th. I-II q.56, a.3; q.63, a.2). El pecado, pues, destruye en el hombre ese bien que es esencialmente humano, en cierto sentido 'quita' al hombre ese bien que le es propio, 'usurpa' al hombre a sí mismo. En este sentido, 'quien comete pecado es esclavo del pecado', como afirma Jesús en el Evangelio de San Juan (Jn 8, 34). Esto es precisamente lo que está contenido en el concepto de 'alienación'. El pecado, pues, es la verdadera 'alienación' del ser humano racional y libre. Al ser racional compete tender a la verdad y existir en la verdad. En lugar de la verdad sobre el bien, el pecado introduce la no verdad: el verdadero bien es eliminado por el pecado en favor de un bien 'aparente', que no es un bien verdadero, habiendo sido eliminado el verdadero bien en favor del 'falso'. / La alienación que acontece con el pecado toca la esfera cognoscitiva, pero a través de la conciencia afecta a la voluntad. Y lo que entonces sucede en el terreno de la voluntad, lo ha expresado quizá del modo más exacto San Pablo al escribir: 'El bien que quiero hacer no lo hago; el mal que no quiero hacer, eso es lo que hago. Entonces, si hago precisamente lo que no quiero, señal que no soy yo el que actúa, sino el pecado que llevo dentro. Cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro inevitablemente con lo malo en las manos. ¡Desgraciado de mí! (Rom 7,19-20.21.24). / Como vemos, la real 'alienación' del hombre la alienación de un ser hecho a imagen de Dios, racional y libre no es más que 'la esclavitud del pecado' (Rom 3, 9). Y este aspecto del pecado lo pone de relieve con toda fuerza la Sagrada Escritura. El pecado es no sólo 'contra' Dios, es al mismo tiempo 'contra' el hombre".

Y según la expresión popular "en el pecado está la penitencia": "el primero de estos castigos es el pecado mismo. ¡Mediante el pecado el hombre se castiga a sí mismo! En el pecado está ya inmanente el castigo, alguno se atreve a decir: ¡Está ya el infierno, como privación de Dios! / '¿Pero me ofenden a mí -pregunta Dios por medio del Profeta Jeremías-, no es más bien a ellos para su vergüenza?' (Jer 2, 19). Y el Profeta Isaiás lamenta: 'Nos marchitamos como hojas todos nosotros, y nuestras iniquidades como viento nos arrastran... Has ocultado tu rostro de nosotros y

nos has entregado a nuestras iniquidades' (Is 64, 5-6). / Precisamente este 'entregarse (o auto-entregarse) del hombre a sus iniquidades' explica del modo más elocuente el significado del pecado como alienación del hombre. Sin embargo, el mal no es completo o al menos es remediable, mientras el hombre es consciente de ello, mientras conserva el sentido del pecado. Pero cuando falta también esto, es prácticamente inevitable la caída total de los valores morales y se hace terriblemente amenazador el riesgo de la perdición definitiva. Por eso, hemos de recordar siempre y meditar con gran atención estas graves palabras de Pío XII (una expresión que se ha hecho casi proverbial): 'el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado' (1946)".

Hasta aquí el análisis del Papa. La Escritura analiza –no lo veremos ahora- además del pecado de Adán, los de Judas, de Pedro, con sus diversas reacciones... El ambiente hoy está anesthesiado ante lo que primero producía sorpresa y alarma, y luego queda “moderno” y “normal” y adquiere carta de ciudadanía. Hasta que se destapa el escándalo, como en el 2008 en Barcelona con los abortos ilegales. El mundano es comprensivo porque es cómplice, no tiene más verdad que la que se reconoce tácitamente porque no está penada por la ley, aunque mañana puede estarlo... en la acusación de Jesús, elegido Barrabás para el indulto, hay un ejemplo de esta “corriente dominante” que manejan a veces los poderes económicos, la opinión pública e incluso el miedo y el resentimiento (cf. Camino 296). Puede perderse la sensibilidad para la verdad moral, como antes hemos apuntado (cf. Es Cristo que pasa, 123; Camino, 386). Es un proceso psicológico que comienza con las excusas: “nadie ofende a Dios sin justificarse a sí mismo con algún pretexto” (Newman). El peligro es que el egoísta, el que se ha puesto en el centro no lo reconoce. Justificarse, tener razón: Si hemos tenido poca presencia de Dios es porque trabajamos mucho, si nos hemos enfadado es porque no tienen delicadeza, si no hacemos apostolado es porque el mundo está mal, si buscamos una compensación a la sensualidad es por naturalidad. El soberbio se cree humilde y al revés. Pero esto lo sabemos: Sí soy soberbio, pero en qué. Porque la soberbia lleva a la insinceridad, también con justificaciones: se van a escandalizar. No pensemos que esto es de gentes muy malas, en mayor o menor medida nos afecta a todos.

**4. Caín y Abel muestran que cuando se ofende a Dios, se “mata” al padre, luego se mata al hermano, no hay fraternidad sin padre:** el Señor le avisa a Caín, pero él no atiende esos requerimientos: «¿por qué motivo andas enojado?... ¿no es cierto que si obras bien erguirás la cabeza; pero si mal, el pecado estará siempre a tu puerta? El te hace sentir su atractivo, pero tú puedes dominarlo... (Gen 4,1-17): luego, cuando el crimen, falta la sinceridad: «¿acaso soy guarda de mi hermano?» Inútil insinceridad, que deja inquietud. Después del homicidio, la condena: la tierra no te dará sus frutos... Él reacciona mal: “mi maldad es tan grande, que no puedo yo esperar perdón... iré a esconderme de tu presencia, y andaré errante y fugitivo», no es capaz de aceptar los límites de la penitencia, se impone un resentimiento y no perdonarse a sí mismo, ir errante por el mundo. El odio, envidia, antipatía consentida, desprecio o no saber perdonar, es hacernos Caín. Para sentirnos perdonados, hay una condición, y es perdonar a los demás, entonces es cuando aprendemos a perdonarnos a nosotros mismos como Dios nos perdona, por eso pedimos: «dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus...; perdona nuestros pecados como nosotros perdonamos...». Es importante la sinceridad, como aquella niña de 5 años que llora porque se peleó con otra, y la maestra le dice: “ha sido el demonio que te ha hecho pelearte, no te preocupes”, y ella, sincera, dice muy seria: “quizá tirarle de la trenza, de los cabellos, ha sido por el demonio, pero escupirle a la cara ha sido idea mía”. También un pequeño castigado por portarse mal fue a la capilla del colegio y le dijo a Jesús: “yo quiero portarme bien, pero ¡es que no me sale!” Es así: somos débiles, hemos de luchar sin desánimos, pues la *raíz última de todo pecado es la soberbia, el amor incondicionado de sí mismo*, la rebeldía a nuestro Padre Dios y a su plan sobre nosotros. Y no nos conocemos, en las intenciones y nuestro espíritu de contradicción, tenemos una nebulosa inmensa donde podemos querer algo y su contrario al mismo tiempo: Por eso, hay que ir siempre con confianza, como San Pedro: «Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te! –Señor, ¡tú lo sabes

todo, tú sabes que te amo!» *De ahí surgen las ansias de purificarnos: ure igne Sancti Spiritus* – enciéndonos con el Espíritu Santo; quitar todo lo que ofende a Dios, y romper con decisión lo que nos impide amar al Señor.

El dolor de los pecados es volver a Dios como el hijo pródigo (se puede leer **Lc 15,11-32**). «Deseaba con ansia saciarse con las algarrobas que comían los cerdos», en su interior va naciendo el deseo nostálgico del hogar: ¡Quiero volver a casa! El Padre, le esperaba: «Corriendo a su encuentro lo abrazó y le dio mil besos»; le ponen el mejor vestido (símbolo de incorruptibilidad, la transparencia, la belleza), el anillo en el dedo (símbolo de alianza, filiación divina recuperada, sentirse en casa), las sandalias (para ser sembrador de paz), comer el ternero cebado (imagen de la Eucaristía), concierto de música y baile (la alegría de la fiesta): «es justo tener un banquete, y regocijarnos, por cuanto este tu hermano había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y ha sido hallado». Por eso proclamamos con esas palabras que llegan hondo: «Señor, pequé, ten piedad y misericordia de mí». Son palabras universales, que expresan lo que siente el corazón: «Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado». Como indica San Juan: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros». El Salmo 50 nos lleva a escuchar el deseo divino de acogernos: “Limpiaré tu alma y será resplandeciente como la nieve”, quedará un libro blanco como la conciencia para escribir nuestra historia de nuevo, un volver a nacer, volver a ser hijos y por tanto herederos (Rom 8,17).

5. La libertad es algo mágico, y trágico. Ante nosotros está la vida y la muerte, el bien y el mal, podemos escoger. Un niño con un pajarillo atado puede hacerlo volar, o matarlo. Teniendo en el puño un pajarito, preguntó uno a otro: ¿está vivo o muerto? El otro pensó: si respondo que vivo, lo matará apretando el puño. Si digo muerto, me lo enseñará vivo. Y respondió: está como tú quieras que esté. Esa es la libertad, para que la tengamos morirá Jesús: no saca de la esclavitud del pecado y nos da la vida para que seamos libres (Cf. Forja, 1002): “mi yugo es suave, y mi carga ligera”, dice el Señor (Mt 11, 30), “que a mí me gusta traducir libremente así: mi yugo es la libertad, mi yugo es el amor, mi yugo es la unidad, mi yugo es la vida, mi yugo es la eficacia” (san Josemaría, Vía crucis). En una ocasión, Vicente Rodríguez Casado hablaba de un chico, vicioso: “¡pobre chico!” Exclamó. San Josemaría añadió: “¿pobre chico?, ¡pobre Jesucristo!” Jesús hace suyas nuestras miserias, él sufre, por amor. Es bueno que agradezcamos al Señor su amor, su infinita bondad, pedir perdón por la falta de correspondencia, de aquí nace la conversión, examinar con sinceridad la propia vida, ir a las raíces de los pecados, la grandeza de la humildad, la alegría del arrepentimiento. Sin Dios, la vida es sin rumbo, sólo Dios es bueno y lo bueno viene de orientar todo según el amor que nos viene de Él. Es por Él que todo es bueno, dejar las compensaciones con las pasiones (envidia, avaricia, flojera...) pues sólo una respuesta radical da la auténtica alegría. Nos lleva a no transigir con el ambiente como Jesús no lo hizo, y así no tendremos miedo del ambiente paganizado pues lo llevaremos con nosotros, nuestro ambiente, sin creernos superiores, siendo del mundo (cf Jn 17, 15-16). Me hablaron de un enfermo, muy piadoso y con fe, al que atiende un sacerdote nuevo en el lugar, que cambió a partir de esos encuentros: “¿qué le habéis dado?”, preguntaban al enfermo: “está irreconocible, contento y mucho más piadoso”. Es el encuentro el que nos mejora: encontrarnos a Jesús, a los demás, edificarnos con sus virtudes. No hay imposibles para evangelizar la sociedad, hay que manifestarse cada uno como es, dejar que a través de los cristianos se muestre Jesús como en un espejo, pero para ello hemos de ser “expertos en humanidad” y “muy de Dios”, las dos cosas: amor a Dios y a los demás, porque quizá a veces no hemos sabido reflejar el rostro del Señor, y para ello hay que pagar lo que es justo, vivir con honradez las prácticas profesionales, ser ejemplares en la sobriedad de los gastos, es decir que nuestro modo de comportar refleje el de Jesús (cf. Camino 938). Es verdad que tenemos defectos, inclinados a lo malo (Forja 476), y el Señor nos dice que vigilemos, rezando (Mateo 26, 41), para no dejarnos llevar por las tres concupiscencias: la de la carne (el placer, la sensualidad), la avaricia (los ojos), la soberbia (el demonio). Satanás no descansa (cf. Jn 8, 44) y el pecado anida en el alma con un interés

desmesurado por las cosas del mundo hasta olvidar a Dios y el fin por el que hemos sido creados. Jesús nos ayuda, “su caída nos levanta, su muerte nos resucita” (J. Escrivá, Via Crucis). Como decía S. Pablo (1 Cor 12, 9-10) me complazco en mis enfermedades, pues cuando estoy enfermo, entonces soy más fuerte: entonces nos olvidamos en los brazos de Dios.

No nos falta la ayuda del Espíritu Santo para una nueva conversión (cf Es Cristo que pasa 57). En la representación de Teatro de la Pasión del Señor, Judas está desesperado, y se oye a una niña que dice: “mamá, ¿por qué no va a la Virgen?” Ella pensará Dios en excusarte, y nuestra Madre: «ut loquaris pro nobis bona». Refugium peccatorum, Madre mía del Pilar, antes morir que pecar.